

do. Y los racionalistas se ven precisados á detenerse ante la cuna sobrenatural de la humanidad, impotentes como son para hacer salir de allí al hombre sin la mano de Dios."

En resúmen, preguntando acerca del mundo sobrenatural, el género humano responde con tres actos de fé.

Creo y he creído siempre en la existencia de un mundo superior.

Creo y he creído siempre en el gobierno del mundo inferior, no por leyes inmutables, sino por la accion libre de agentes superiores.

Creo y he creído siempre que en ciertos casos Dios interviene por sí mismo ó por sus agentes, de una manera excepcional, en el gobiernodel mundo inferior, esto es, que suspende ó modifica las leyes de que es autor; y que hace milagros.

Creo yo en particular, (añade el mundo moderno, la flor del linaje humano), que soy el hijo del milagro. Mi existencia toda entera descansa sobre la fé en la resurreccion de un muerto, y mi civilización tiene por base una tumba.

Para tildar de error esta fe constante, universal, invencible, es menester probar, que el género humano, desde su origen hasta nuestros días, ha sido víctima de una triple locura. La locura de haber creído en la existencia de un mundo sobrenatural; la locura de haber creído en la influencia de los seres superiores sobre los inferiores: la locura de haber creído, que el legislador supremo es libre para modificar sus leyes ó suspender su curso.

Cuando el que niega el orden sobrenatural haya cumplido religiosamente estos tres actos de piedad filial, convenciendo en toda regla al linaje humano de que ha estado siempre atacado de demencia, todavía le falta una cuarta demostracion: el negador de lo sobrenatural deba, ante todo, probar bien, que él no está loco.

## CAPITULO II.

### DIVISION DEL MUNDO SOBRENATURAL.

SUMARIO.—Certidumbre de esta division: el dualismo universal y permanente.—Causa de esta division: un acto culpable.—Origen histórico del mal.—Explicacion del pasaje de San Juan: *Hubo en el cielo un gran combate, &c.*—Naturaleza de este combate.—Grandeza del mismo.—En qué cielo tuvo lugar.—Dos órdenes de verdades: las naturales y las sobrenaturales.—Los ángeles conocen naturalmente las primeras con certidumbre.—La prueba tuvo por objeto una verdad del orden sobrenatural.—Caída de los ángeles.

Acabamos de ver que el mundo superior, el mundo de las inteligencias puras, gobierna necesariamente al hombre y al mundo inferior. De aquí resulta lógicamente que el Rey del mundo superior es el verdadero Rey de todas las cosas. Angeles, hombres, fuerzas de la naturaleza, todas estas cosas no son más que agentes suyos. Todo depende de Él: El solo no depende de nadie. Siendo así, parece que en el universo todo debería ser paz y unidad. Pero otra es la realidad: el dualismo lo llena todo.

Pero el dualismo no existe en el mundo inferior, sino porque lo hay en el superior; no existe en el mundo de los hechos, sino porque lo hay en el mundo de las causas. La division, pues, y la guerra estallaron en el cielo, ántes de descender á la tierra. Tan profundas, encarnecidas, universales, permanentes como son entre los hombres, así lo son entre los ángeles. En una palabra, el mundo sobrenatural dividido en bueno y malo, hé aquí la segunda verdad fundamental, que hay que poner en claro.

Siendo Dios la bondad por esencia, todo lo que sale de sus manos, no puede ser sino bueno. (1) Supuesto que una parte de los habitantes del mundo superior son malos, y que no lo son por naturaleza, infiérese que lo son porque se han vuelto. Nadie se hace malo, sino por culpa suya. Toda culpa supone el libre albedrío. Los ángeles malos han sido, pues, libres y han abusado de su libertad. Más ¿cuál fué la prueba, en que voluntariamente cayeron? Si la existencia de esa prueba se averigua por la razón, solo la revelación puede explicar su naturaleza. So pena, pues, de eterno desvarío, hay que preguntárselo al mismo Dios, autor de la prueba y testigo de sus resultados.

He aquí lo que el Anciano de los días dijo á su más íntimo confidente: *Huvo un gran combate en el cielo; Miguel y sus ángeles combatían contra el Dragon; y el Dragon combatía y sus ángeles junto con él.* (2) Estas pocas palabras encierran en sí grandes tesoros de luz. Ahí, y solo ahí, se encuentra el origen histórico del mal. Fuera de eso, todo es incertidumbre, contradicciones, tinieblas, andar á tientas eternamente. Como hemos puesto la mano sobre el gran problema del mundo, detengámonos en cada una de las palabras del oráculo divino.

¿Qué combate es este, *praelium*? Siendo los ángeles espíritus puros, este combate no fué una lucha material, como la de los Titanes de la mitología, ni una batalla semejante á las que se libran sobre la tierra, donde los combatientes mutuamente se disparan proyectiles desde lejos, ó se agarran cuerpo á cuerpo, y unos á otros se derriban por tierra.

1. Deus charitas est. 1. *Joan.*, IV, 16. — Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona. *Gen.*, I, 31.

2. Et factum est praelium magnum in cælo; Michael et angeli ejus praeliabantur cum Dracone; et Draco pugnabat, et angeli ejus. *Apoc.*, XII, 7.

y se pisotean. Un combate de ángeles es puramente intelectual como los seres que en él toman parte: no es más que oposición entre espíritus puros, de los que unos dicen sí á alguna verdad, y los otros dicen nó.

Fué un gran combate, *praelium magnum*. Grande, efectivamente, desde cualquier punto de vista que se le considere. Grande, por el número y el poder de los combatientes; grande, porque fué el principio de todos los otros; grande, por sus resultados inmensos, eternos; grande, por la verdad que lo motivó. Para dividir el cielo en dos campos irreconciliables, para arrastrar al abismo á la tercera parte de los ángeles y asegurar por siempre jamás la felicidad de los otros, preciso es que la verdad que se litigaba fuese un dogma fundamental (1).

¿Cuál puede ser la naturaleza de esta verdad, propuesta como prueba á la adoración de las jerarquías celestiales? Para los ángeles, igual que para los hombres, hay dos clases de verdades: las del orden natural y las del sobrenatural. Las primeras no superan las facultades naturales del ángel, ni del hombre: las segundas sí: expliquemos este punto de doctrina.

Todos los seres, como hechuras de un Dios infinitamente bueno, han sido criados para la felicidad. La felicidad de un ser consiste en conseguir el fin para que ha sido criado. Habiendo sido criados todos los seres por Dios y para Dios, su felicidad consiste en su unión con Dios. Si se trata de seres inteligentes, hechos para conocer y amar, esta unión se verifica por medio del conocimiento y del amor. Este conocimiento y este amor, desarrollados tanto como lo permiten las fuerzas de la naturaleza, constituyen la felicidad natural de la criatura.

1. Et cauda ejus trahebat tertiam partem stellarum cæli, et misit eos in terram. *Apoc.*, XII, 4.

Más Dios no se ha contentado con esto. A fin de procurar á los seres dotados de inteligencia una felicidad infinitamente mayor, su bondad, esencialmente comunicativa, ha querido que los ángeles y los hombres se uniesen al Bien supremo por un conocimiento mucho más claro y por un amor mucho más íntimo del que la felicidad natural exige: de aquí la felicidad sobrenatural.

De aquí nacen también dos clases de conocimiento de Dios ó de la verdad: uno *natural* que consiste en ver á Dios, en la medida que la criatura es capaz de verle por sus propias fuerzas; otro *sobrenatural*, que consiste en ver á Dios de una manera superior á las fuerzas de la naturaleza é infinitamente más clara que la primera. Este segundo conocimiento es un favor enteramente gratuito. Los ángeles y los hombres, como seres libres, para asegurarse su posesión, deben cumplir las condiciones bajo que Dios lo ha prometido.

De ahí nacen, en fin, como acaba de decirse, relativamente á los ángeles y á los hombres, dos clases de verdades: las del orden natural y las del sobrenatural. Los ángeles conocen perfectamente, completamente, en sus principios y en sus últimas consecuencias, en su conjunto y en sus detalles, todas las verdades del orden natural, esto es, las que entran en la esfera nativa de su inteligencia. Dentro de esta esfera, no hay para ellos error, ni duda, ni por consiguiente contradicción posible. (1) ¿De dónde les viene tan admirable prerrogativa? De la excelencia misma de su naturaleza.

1. Angelus intelligendo quidditatem alicujus rei, simul intelligit quidquid et attribuit potest, vel removeri ab ea... per se non potest esse falsitas, aut error, aut deceptio in intellectu alicujus angeli... Nescientia autem est in angelis non respectu naturalium cognoscibilium, sed supernaturalium. *S. Th.* 1, p. q. LVIII, art. 4; *id.* art. 5. *id.*, q. LVIII, art. 2; *id.*, q. LVIII, art. 5.

Explicaremos más este punto de alta filosofía, tan sabido de la *barbarie* de la Edad Media, y tan ignorado de nuestro siglo de las *luces*.

El ángel es una inteligencia pura: su entendimiento está siempre en acto; jamás en potencia: es decir, que el ángel no tiene solamente, como el hombre, la facultad ó posibilidad de conocer, siempre está actualmente conociendo. Oigamos á esos grandes filósofos, siempre antiguos y siempre modernos, que se llaman los Padres de la Iglesia y los teólogos escolásticos. "Los ángeles, dicen ellos, para conocer, no tienen necesidad ni de investigar, ni de raciocinar, ni de componer, ni de dividir: ellos se miran, y ven. Y la razón es, que desde el primer instante de su creación han tenido todos la perfección natural, y poseído las especies inteligibles, ó sea, representaciones de las cosas, perfectamente luminosas, por medio de las cuales ven todas las verdades que pueden naturalmente conocer. Su entendimiento es como un espejo perfectamente puro, en el que se reflejan y se imprimen sin sombra, sin aumento, ni disminución, los rayos del sol de la verdad.

"No así el entendimiento del hombre. Es un espejo imperfecto, salpicado de manchas más ó menos espesas; más ó menos numerosas, que no desaparecen sino en parte, y esto por el esfuerzo laborioso é incesantemente renovado del estudio y del raciocinio. La razón de esto es, que el alma humana, estando unida al cuerpo, debe recibir sucesivamente de las cosas sensibles y por medio de las cosas sensibles, una parte de las especies inteligibles, mediante las cuales conoce la verdad. Por esto mismo el alma está unida al cuerpo." (1)

1. Angelus semper est actu intelligens, non quandoque actu et quandoque potentia, sicut nos. *S. Th.*, 1 p., q. L, art. 1; et q. LIV,

Supuesto que, desde el instante de su creacion, los ángeles conocieron perfectamente todas las verdades del orden natural, la prueba á que fueron sometidos tuvo necesariamente por objeto alguna verdad del orden sobrenatural. Estas verdades, inaccesibles á las fuerzas nativas de su entendimiento, no las conocen los ángeles más que por revelacion. "En los ángeles, dice Santo Tomás, hay dos clases de conocimiento: el uno natural, con el que conocen las cosas, sea por su esencia, sea por las especies innatas. En virtud de este conocimiento no pueden alcanzar á los misterios de la gracia; por cuanto estos dependen de la pura voluntad de Dios. El otro es el conocimiento sobrenatural, que los beatifica, y en cuya virtud ven al Verbo, y en el Verbo todas las cosas. Por esta vision conocen los misterios de la gracia, no todos, ni en igual grado, sino segun á Dios place revelárselos." (1)

Y el combate tuvo lugar en el cielo, *in caelo*. ¿Qué cielo es ese? Hay tres cielos, ó tres esferas de verdades: el cielo de las verdades naturales; el de la vision beatífica, y el de la fe, medio entre los dos primeros.

Acabamos de ver, que desde el primer instante de su creacion, conocian los ángeles perfectamente, en su conjunto y en sus últimas consecuencias, todas las verdades del orden natural. Este conocimiento constituye su gloria; en él consiste su inmensa superioridad sobre el hombre. Así, ningun interés podia moverles á protestar contra ninguna de estas verdades. No tenian siquiera posibilidad de hacerlo; porque todo sér repugna invenciblemente su propia

art. 4; *id.*, q. LV, art. 2; *id.*, q. LVIII, art. 1; *id.*, q. LXXVII, art. 1.—*Angeli non congregant divinam cognitionem a rebus divisibilibus aut á sensibilibus. S. Dionys, de Divin., nom., cap. VII, 88*—*Id.*, Vigier, *Institut*, etc., cap. 2, §. 3; et cap. 3, §. 2.

1: I p., q. LVII, art. 5, corp.

destruccion. Siendo las verdades del orden natural conaturales á los ángeles, protestar contra ellas habria sido protestar contra su mismo sér; negarlas, habria sido una especie de suicidio. El combate, pues, no tuvo lugar en el cielo de las verdades naturales.

Tampoco el cielo de la vision beatífica fué el teatro de aquel combate. Este cielo, recompensa de la prueba, es la mansion eterna de la paz. Allí, todas las inteligencias angélicas y humanas, colocadas frente á frente de la verdad, que contemplan sin velos, confirmadas en gracia, unidas en caridad y consumadas en la gloria, viven la misma vida, sin oposiciones, ni divisiones, ni rivalidades posibles.

¿Cuál fué, pues, el cielo del combate? Evidentemente, el lugar, ó el estado, en que los ángeles, lo mismo que el hombre, debian sufrir una prueba para merecer la gloria. ¿En qué consistia la prueba? Evidentemente tambien, en admitir algun desconocido misterio del orden sobrenatural. Su admision, para que fuera meritoria, debia de ser costosa, ó difícil. Su objeto, pues, fué algun misterio, que á los ojos de los ángeles parecia chocar con su razon, derogar su excelencia y menoscabar su gloria.

Admitir humildemente este misterio, bajo la fe de la palabra de Dios; adorarlo, no obstante su oscuridad y las repugnancias que en su naturaleza sentian, á fin de verlo despues de haberlo creído, tal era la prueba de los ángeles. En este acto de sumision, aquellas sublimes inteligencias, inclinando ante el Altísimo sus radiantes frentes, venian á decirle: "Nosotros no somos más que criaturas tuyas. Tú solo eres el Sér de los séres. Tu ciencia es infinita; no así la nuestra por grande que sea. Tu caridad es igual á tu sabiduría. Abrazamos con la plenitud del amor el misterio que has tenido la dignidad de revelarnos." En los conse-

jos de Dios, este acto de adoracion, que comprende el amor y la fé, era decisivo para los ángeles, como otro semejante lo fué para Adán, y lo es para cada uno de nosotros: *Todo el que no crea, se condenará* (1).

“Y Miguel y sus ángeles combatian contra el Dragon: *Michael et angeli ejus præliabantur cum Dracone*. Apenas se habia propuesto el dogma, que debian creer, cuando uno de los más brillantes arcángeles, Lucifer, lanzó el grito de rebeldía: “¡Protesto! ¡Se nos quiere humillar: yo me elevaré! Se quiere abajar mi trono; yo lo colocaré encima de los astros. Yo me sentaré sobre el monte de la alianza, á los flancos del Aquilon. Yo, y nadie más, seré semejante al Altísimo.” (2) Una parte de los ángeles repite al punto: “¡Protestamos!” (3)

Al oír estas palabras otro arcángel no menos brillante que Luzbel, exclama: “¿Quién como Dios? ¿Quién puede resistirse á creer y adorar lo que El propone á la fé y adoracion de sus criaturas? ¡Creo y adoro!” (4) Entonces la muchedumbre de las gerarquías celestiales, repite: “¡Creemos y adoramos!”

Lucifer y sus secuaces tan pronto castigados como culpables, convertidos en horribles demonios, son principados en las profundidades del infierno, que su orgullo acababa de abrir. (5)

1. Qui vero non crediderit, condemnabitur *Marc.*, xvi, 16.

2. Conscendam, super astra Dei exaltabo solium meum, sedebo in monte testamenti, in lateribus Aquilonis. . . similis ero Altissimo. *Is.* xiv, 13, 14.

3. Tal es el primer origen del Protestantismo. En este sentido bien puede alegar antigüedad.

4. ¿Quis ut Deus?

5. Simul fuit peccatum angeli, persuasio et consensus; sicut est accensio cand. læ, illuminatio aeris et visio, quæ omnia sunt instantanea. *S. Th., in Sentent.*, lib. II, dis. 6, art. 2.—*Petr* II, 4.

¡Terrible severidad de la justicia de Dios! ¿Cuál es la causa, de dónde proviene, que haya habido misericordia para el hombre y no para el ángel? La razon está en la superioridad de su naturaleza. Los ángeles no pueden convertirse, y los hombres sí. “Es artículo de fe católica, dice Santo Tomás que la voluntad de los ángeles buenos está confirmada en el bien, y la de los malos obstinada en el mal. La causa de esta obstinacion está, no en la gravedad de la falta, sino en la condicion de la naturaleza. Entre la aprehension del ángel y la del hombre media esta diferencia; que el ángel aprehende inmutablemente por su entendimiento, como se verifica en nosotros respecto de los principios primarios que conocemos. El hombre, al contrario, por la razon aprehende la verdad de una manera variable, yendo de un punto á otro, y hasta pudiendo pasarse del sí al nó. De donde se sigue, que su voluntad no se adhiere á las cosas sino de un modo variable; toda vez que hasta conserva el poder de dejarlas é irse á las contrarias: al revés de lo que sucede con la voluntad angélica; esta se adhiere fija é inmutablemente (1).

Conocemos ya la existencia, el lugar y el resultado de la prueba de los ángeles; pero ¿cuál fué su naturaleza? En otros términos: ¿Cuál es precisamente el dogma cuya revelacion vino á ser la piedra en que tropezaron una parte de las inteligencias celestiales? El exámen de esta cuestion será el asunto de los capítulos siguientes.

1. Part. I, q. LXIV, art. 2, corp. 1<sup>o</sup>, 2<sup>a</sup>, q. LXXXV, art. 2., ad 3.

## CAPITULO III.

## DOGMA

QUE DIÓ LUGAR Á LA DIVISION DEL MUNDO SOBRENATURAL.

SUMARIO.—La Encarnacion del Verbo, causa de la caida de los ángeles.—Pruebas: enseñanza de los teólogos.—Santo Tomás.—Vigier.—Suarez.—Chatarino.

El Dogma de la Encarnacion, decretado desde toda la eternidad, fué, en su hora, propuesto á la adoracion de los ángeles. Los unos aceptaron humildemente la superioridad que establecia á favor del hombre; los otros, rebelándose por la preferencia concedida á la naturaleza humana, protestaron contra el divino consejo. Tal es el pensamiento de gran número de doctores ilustres, y bajo todo aspecto merece la atencion del teólogo y del filósofo. El primero encuentra ahí la solucion de las más altas cuestiones de la ciencia divina. Al segundo le explica, con la última explicacion posible, el carácter íntimo de la eterna lucha entre el bien y el mal. Tres proposiciones incontestables, nos parece además, que prueban la exactitud de esa opinion. Deberá decirse que el misterio de la Encarnacion fué la prueba de los ángeles: si 1º, ellos tuvieron conocimiento de este misterio; si 2º, este misterio era á propósito para lastimar su orgullo y excitar sus celos; si 3º, el Verbo encarnado es el único objeto del odio de Satanás y de sus ángeles.

Escuchemos á los doctores, que establecen estas tres verdades. "Todos los ángeles, dice Santo Tomás, conocieron

de algun modo, desde el principio de su existencia, el misterio del reino de Dios, realizado por Cristo; pero sobre todo, desde el momento en que fueron beatificados por la vision del Verbo; vision que los demonios jamás tuvieron, porque fué la recompensa de la fe de los ángeles buenos." (1)

Que todos los ángeles, sin excepcion, hayan tenido, desde el primer instante de su creacion, algun conocimiento del Verbo eterno, se comprende por la razon. El Verbo es el sol de la verdad que ilumina á toda inteligencia que sale de la noche de la nada: no hay más sol que El. Pues bien, los ángeles, espejos de rara perfeccion, no pudieron menos de reflejar algunos rayos de este divino sol, del cual ellos eran las imágenes más perfectas. Pero, por más que ellos tuvieran conciencia de sí mismos y de las verdades que poseian, esos rayos estaban todavía vedados y debian estarlo.

Criados en estado de gracia, los ángeles no gozaron, desde su origen de la vision beatífica. No conocieron, pues, sino imperfectamente el reino de Dios por el Verbo. Que este Verbo adorable, por quien todo ha sido hecho, seria el lazo de union entre lo finito y lo infinito, entre el Criador y la creacion toda entera, y que así estableceria gloriosamente el reino de Dios sobre todas sus obras; tales fueron los conocimientos rudimentarios de los espíritus angélicos. Era, en germen, el misterio de la Encarnacion, ó de la union hipostática del Verbo con la criatura; pero nada más. (2)

Explicando las palabras del Maestro, dice un sábio dis-

1. *Mysterium regni Dei, quod est impletum per Christum, omnes quidem angeli á principio aliquo modo cognoverunt; sed maxime ex quo beatificati sunt visione Verbi, quam demones nunquam habuerunt.* P. 1, q. LXIV, art. 1, ad 4.

2. Otro tanto hay que decir de Adán, y por las mismas razones. *S. Th., 2-2, q. 2, art. 7.*

cípulo de Santo Tomás: "Los ángeles tienen un doble conocimiento del Verbo, uno *natural* y otro *sobrenatural*.

"Conocimiento natural, mediante el cual conocen al Verbo en la imagen del mismo, que brilla en la naturaleza de ellos. Este primer conocimiento, iluminado por la luz de la gracia y referido á la gloria de Dios y del Verbo, constituía la bienaventuranza natural en que fueron criados. Sin embargo, no eran todavía perfectamente felices, como capaces de mayor perfección, y que podían perderla, lo que en efecto aconteció á gran número de ellos.

"Conocimiento sobrenatural ó gratuito, en virtud del cual los ángeles conocían al Verbo por esencia y no por imagen. Este no les fué concedido en el primer instante de su creación, sino en el segundo, después de una elección libre por parte de ellos." (1)

Oigamos ahora á Suarez, por cuya boca, dice Bossuet, habla toda la escuela: "Debe tenerse por muy probable la sentencia que cree, que el pecado de orgullo, cometido por Lucifer, fué el deseo de la unión hipostática: lo que le hizo, desde el principio, enemigo mortal de Jesucristo. He dicho que esta opinión es muy verosímil y sigo diciéndolo. He-

1. Angeli duplicem habent cognitionem Verbi, unam naturalem et aliam gloriæ. Naturalem quidem, qua cognoscunt Verbum per ejus similitudinem in eorum natura relucens, in qua etiam relucens omnes creaturæ inferiores. Et talis cognitio lumine gratiæ illustrata et ad Verbum sive ad laudem Dei relata, dicitur *matutina imperfecte*. In illa cognitione naturali Verbi... consistebat eorum beatitudo naturalis, in qua creati sunt... per hanc tamen non erant beati simpliciter, cum essent majoris perfectionis capaces, et alba illa possent deficere, sicut quidam illorum defecerunt... Aliam vero habent Verbi cognitionem, quæ dicitur gloriæ, qua cognoscunt Verbum per essentiam, et non per similitudinem, et hæc dicitur *matutina perfecte*, clarissima. Et hanc non habuerunt in primo instanti, sed in secundo post liberam electionem. *Vigier.*, cap III, § 2, vers. 2.

mos probado que todos los ángeles, en su estado de prueba, tuvieron revelación del misterio de la unión hipostática, que debía verificarse en la naturaleza humana. Es, pues, del todo creíble que Lucifer encontraría ahí la ocasión de su pecado y ruina." (1)

Una de las glorias del Concilio de Trento, Catharino, sostiene altamente la misma opinión. Entre otros comentarios, explica en esta forma el texto de San Pablo: *Y cuando otra vez introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos sus ángeles* (2). "¿Por qué esta palabra *de nuevo otra vez*? Por cuanto el Padre Eterno había ya introducido una vez á su Hijo en el mundo, cuando desde el principio lo propuso á la adoración de los ángeles y les reveló el misterio de la Encarnación. Por segunda vez lo introdujo cuando lo envió á la tierra, para que se encarnara de hecho. Pues, en aquella primera introducción ó revelación, Lucifer y sus ángeles rehusaron á Jesucristo su adoración y obediencia. Este fué su pecado.

"En efecto, según la doctrina común de los Padres, el demonio pecó de envidia al hombre; y es lo más probable que pecó antes que el hombre fuera criado. Pero no debe creerse que los ángeles tuvieran envidia de la perfección natural del hombre, en cuanto criado á imagen y semejanza de Dios. En esta suposición, cada ángel habría te-

1. Valde probabilis et sententia, credens Luciferum de facto peccasse per superbiam, appetendo unionem hypostaticam, et á principio adversarium Christi fuisse... Hanc opinionem valde verisimilem esse dixi, eodemque modo de illa nunc censeo... Ostendimus habuisse omnes angelos in via revelationem mysterii unionis hypostaticæ in natura humana perficiendi Ergo longe credibile est inde accepisse Luciferum peccandi occasionem. *De Malig. Ang.* lib. VII, cap. XIII, n.º 13 et 18.

2. *Hebr.*, 1, 6.

nido igual razon, y aun mayor, para mirar con envidia á los otros ángeles. Es, por tanto más verosímil, que el demonio pecó con el pecado de envidia de aquella dignidad á que vió elevada la naturaleza humana en el misterio de la Encarnacion." (1)

En el capítulo siguiente otras autoridades vendrán á confirmar la sentencia del ilustre teólogo.

I. ..Communi Patrum doctrina constant, dæmonem peccas æinvidia hominum. Probabilius autem est peccasse antequam homo crearetur. Ita sentium S. Isidorus, S. Cyprianus, Beda et alii. . . Neque estimare debemus angelum invidia excellentiæ humanæ, secundum illius propriam naturam peccasse. Quia enim ratione invideret dæmon hominem fuisse creatum ad imaginem et similitudinem Dei? Sic enim facilius invideret alteri angelo Ergo verisimilius est peccasse dæmonem invidia dignitatis humanæ, quam praevidit evehendam ad dignitatem hypostaticæ unionis, quam invidia excellentiæ naturalis ejus. *Opusc. de gloria Beator.*, apud Vasquez, part. I, q. LXIII, disp. 233.

## CAPITULO IV.

(CONTINUACION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—Naclanto.—Nuevo pasaje de Vigier.—Ruperto.—Razonamiento —Testimonios de San Cipriano, de San Ireneo, de Cornelio á Lapide.—Conclusion.

Otro miembro del Concilio de Trento, el sapientísimo Obispo de Foggia, Naclanto se expresa así: "Desde el principio, Lucifer y el mismo Adán, conocieron á Cristo, á lo menos por la luz de la fe ó de una revelacion particular, como Criador, Señor y Oceano de todos los bienes. Pero extraviados por su propia falta, apartaron los ojos de la luz; y como si no lo hubieran reconocido por Señor y Autor de toda gracia y felicidad, rehusaron someterse á El. Más aún; lo menospreciaron de la manera más impía; que es lo que la Escritura llama desconocerle. En cuanto á Lucifer la cosa es evidente. No solamente pretendió elevarse por sí mismo sobre el cielo, sino hasta matar á Cristo, invadir su trono y presentarse como igual á El." (1).

1 *Et mundus ipsum non cognovit* Sicut tota civitas aliquid fecisse dicitur, cum præcipi fecerunt ex ea; ita et orbis universus dicitur non cognovisse Christum, quia præcipuae ejus partes, Lucifer et protoplastes, non cognoverunt eum, non quod illum ab initio saltem lumine fidei aut revelationis particularis, ut opificem, dominum et omnium bonorum pelagum non cognoverint, sed quia propria iniquitate subversi oculos diverterunt á luce. Et non secus ac si non cognovissent illum, ut Dominum et totius gratiæ ac felicitatis auctorem, non modo non approbarunt, sed impiissime contempserunt; quod in Scripturis, tropo non insolito, est non cognoscere. Et quidem de Lucifero res est perspicua, cum non solum præsumperit per sese in coelum conscendere, sed Christum occidere, solium ejus invadere et se illi persimilem constituere. *Enarrat. in. epist. ad Eph., cap. I.*